

# REVISTA DEL CENTRO DE LECTURA

Cuarta época

Reus, julio de 1960

Núm. 97

Director: Sr. Presidente del Centro de Lectura

Depósito Legal - T. 20 - 1958

---

**SUMARIO:** «Medidas preventivas y curativas contra la crisis. XII», por AUGUSTO MERCADÉ. — «Biblioteca» — «Varia». — «Actividades del Centro». — «El cuento y la literatura de cordel», por JUAN AMADES. — «Servicio Meteorológico». — «Estadística Mensual».

---

## Medidas preventivas y curativas contra la crisis

### XII

Hagamos un resumen del fenómeno de las crisis y examinemos las medidas que podrían contribuir a evitarlas y aquellas que posibilitarían conseguir la recuperación.

La crisis es la consecuencia de una demanda deficitaria. Este déficit de demanda no es imputable a la producción, ya que ésta, a través de costos y beneficios, genera y distribuye siempre ingresos suficientes para permitir el constante equilibrio entre producción y demanda. El fenómeno se origina porque parte de los ingresos desdoblados por la producción no se presentan a compras, por ahorrarse en exceso. Y es este ahorro excesivo el culpable de la demanda deficitaria que obliga a la producción a contraerse, generando la crisis.

El ahorro excesivo consiste, en realidad, en un desequilibrado uso de los ingresos generados por la producción, ya que afluyen insuficientemente hacia la demanda de bienes, y excesivamente hacia el ahorro que, *en la cuantía de este exceso, no halla oportunidades de ser gastado ni invertido*, con lo que huelga en compras y ocasiona la demanda deficitaria. Y no halla oportunidades de ser gastado porque los que lo gastarían no lo poseen, o no les interesa endeudarse para gastar, o no obtendrían préstamos para fines consuntivos; ni de ser invertido productivamente en nueva capacidad productiva por la ya saturación de ésta en relación a la demanda existente, deprimida por el mismo ahorro excesivo. Con lo que el ahorro excesivo constituye un «sobrante» que al no utilizarlo nadie en compras, el sistema económico lo elimina, o elimina su ulterior formación y, para ello disminuye la producción y los ingresos adaptándolos a la demanda efectiva existente.

Tenemos, pues, que si el ahorro excesivo provoca las crisis, la misión de éstas es, a su vez, la de eliminar la formación de nuevo ahorro excesivo, disminuyendo en la cuantía necesaria la producción y los ingresos. Y si se desea evitar las crisis se plantea lógicamente el siguiente problema: o los ahorradores se deciden a ahorrar menos en su aspecto nominal, gastando o invirtiendo más, en forma que no den lugar al ahorro excesivo; o antes de que el exceso de ahorro desencadene la crisis y ésta anule una producción y unos ingresos que

se desperdician y pierden para todo el mundo, procede transferir lo que se desperdiciaría a quienes puedan aprovecharlo. Es decir, económicamente se plantea el problema de consentir que la crisis anule el «sobrante» de producción, sin beneficio para nadie y con perjuicio para muchos, o hacer que este «sobrante» beneficie a sectores más necesitados que puedan aprovecharlo. Aún prescindiendo de consideraciones de justicia social, es una conveniencia económica general evitar que se desperdicie inútilmente una riqueza, tanto más cuanto que el desperdicio será sensiblemente superior a la magnitud del ahorro excesivo causante del fenómeno, por la acción acumulativa de la crisis. *De todo ello se deduce que el método lógico preventivo de las crisis debe consistir, cuando hay tendencia hacia el ahorro excesivo, en transferir a los necesitados que puedan aprovecharlo, el exceso de ahorro de los ahorradores, que en general tampoco les aprovecha porque también se lo quita la crisis.*

Existe algún procedimiento práctico, equitativo y efectivo para conseguir este fin? Existe el método fiscal de redistribución de ingresos, aunque no actúe en forma ideal. Por ejemplo: mayores impuestos directos a los perceptores de ingresos elevados, con simultánea desgravación de impuestos indirectos que gravan el consumo, porque el desgravar el consumo de mercancías y servicios que no sean de lujo beneficia a todos los consumidores y, en relación a los ingresos, en mayor porcentaje a los de ingresos modestos por constituir la gran masa de consumidores. El método fiscal de redistribución de ingresos no discrimina, ciertamente, entre los que ahorran y los que no ahorran: pero la transferencia de ingresos de los ricos a los pobres tiende a disminuir el ahorro y, por consiguiente, a evitar el ahorro excesivo, por la menor propensión al mismo de los segundos en relación a los primeros.

La redistribución se justifica, pues, como un medio de «aprovechar» el ahorro excesivo antes de que se desperdicie a través de la crisis. Por lo que, cuando no hay ahorro excesivo, la redistribución no puede tener el fin que propugnamos. Y si la crisis anula el ahorro excesivo, y éste no existe cuando una crisis ha arraigado, la redistribución no se justifica durante una depresión. El objetivo era repartir lo que sobraba y estaba destinado a perderse y con el propósito de evitar su pérdida, pero arraigada la crisis la pérdida está ya consumada. La redistribución, en este caso, no constituye un antídoto al ahorro excesivo, con lo que puede decirse que aquella es un remedio preventivo a aplicar antes de la crisis, pero no es un remedio curativo de ésta. Tampoco tendrá efectividad la redistribución en períodos de inflación, en los que el ahorro excesivo no solo no existe, sino que rige el fenómeno contrario de insuficiencia de ahorro voluntario.

Ahora bien, aunque no propugnemos la redistribución cuando la crisis ha arraigado, debemos reconocer que, de aplicarse, si llegase a reducir los ingresos de los sectores a que gravase por debajo de sus necesidades de consumo, «y la reacción de éstos no consistiese en reducir su consumo sino en mantenerlo a base de cubrir su déficit desahorrandos», este desahorro, por ser lo contrario del ahorro excesivo y, por consiguiente, por tener efectos antagónicos a éste, contribuiría a aumentar la demanda y, con ella, la producción y los ingresos. Porque el sistema económico reacciona tanto contra el ahorro excesivo como contra el exceso de gasto si hay recursos productivos ociosos, al tender siempre a equilibrar la producción con la demanda efectiva. De manera que un «desahorro forzado» lo neutralizaría el sistema económico con un aumento de producción y de ingresos.

La redistribución de ingresos se justificaría aún más como una conveniencia general si, además de «aprovechar» el ahorro excesivo, lograrse convertirlo de negativo en positivo, en cuyo caso beneficiaría a todos o a casi todos. Obsérvase: a) la redistribución, hasta el límite de compensar el ahorro excesivo, puede quitar a los ricos lo que en la mayoría de los casos también les quitaría la crisis; b) la redistribución, al acrecer la demanda total hasta

asegurar la demanda suficiente a la capacidad del equipo productor, es más que probable que posibilite una nueva expansión del sistema económico, dando lugar a nuevas inversiones productivas y, al traducirse éstas en nuevas posibilidades de ahorro positivo, puede permitir que los sectores ahorradores, inicial y aparentemente perjudicados por la redistribución, dispongan de unas posibilidades adicionales de ahorro que no habrían existido y que les compensen «con creces», considerados como grupo, de los aparentes perjuicios que les haya irrogado la redistribución. No olvidemos que las inversiones productivas solo pueden desarrollarse cuando el equipo productor va consiguiendo la demanda suficiente a su incrementada capacidad de producción. Posibilitar que la demanda esté siempre en equilibrio con la capacidad de producción es la base para el progresivo desarrollo económico y para conseguir la prosperidad continuada. Y aunque ésta se logre mediante racionales impuestos redistributivos tiene, necesariamente, que ser más ventajoso para casi todos que suportar las crisis y el subsiguiente estancamiento económico.

*Se tiene la idea que la redistribución es un medio de quitar a unos para dar a otros. Hemos intentado demostrar que, aplicada en forma, puede consistir en un medio de dar a casi todos más, incluso a la mayoría de los aparentemente perjudicados.*



Si la redistribución solo puede considerarse como un método preventivo de las crisis ¿qué método curativo puede usarse cuando éstas existen?

Provocar artificialmente la recuperación implica un objetivo y unos esfuerzos. El objetivo es proporcionar al equipo productor la demanda suficiente para su casi pleno empleo: si se consigue en grado suficiente para los diversos sectores con recursos ociosos, éstos se pondrán en actividad y desaparecerá la crisis. Pero si al mismo tiempo de conseguirlo se reproduce la misma estructura en la distribución de los ingresos que existía al sobrevenir la depresión y que provocó ésta, es decir, si simultáneamente a la recuperación va reapareciendo el ahorro excesivo, éste actuará de neutralizador de los esfuerzos que se realicen, y los exigirá mayores de los necesarios. De manera que solo puede asegurarse la demanda suficiente haciendo que lo que antes fué ahorro excesivo pase a ser demanda efectiva, lo que significa que colectivamente debe gastarse más. Con lo que, iniciada la recuperación, una redistribución de los ingresos que contrarreste el ahorro excesivo es el medio idóneo de fortalecer la recuperación y reducir los esfuerzos para conseguirla. Además, cuando los ingresos son mayores, es más fácil y menos onerosa la redistribución. ¿Pero que puede hacerse para conseguir la recuperación?

Los empresarios tienen la iniciativa de la producción, pero no de la demanda. A través de costos y beneficios distribuyen y obtienen los ingresos suficientes para que exista una demanda equilibrada con la producción, pero la demanda, en realidad, depende del uso que se haga de estos ingresos. Pueden los empresarios activar la producción, pero si algunos lo hacen en circunstancias de crisis, no hallan suficientes compradores y los stocks se les acumulan involuntariamente. Con lo que, no dominando la demanda, la solución no está al alcance de los empresarios.

La demanda, al igual que la producción, se ejerce sobre bienes de consumo y bienes de inversión productivos e improductivos, además de los servicios. Pueden concederse incentivos para estimular las inversiones productivas o empresariales: reducciones del tipo de interés, créditos a plazo suficiente, exenciones fiscales sobre inversiones, etc. Lo mismo puede hacerse en las inversiones improductivas: ventajosas facilidades de crédito en el sistema de ventas a plazo. En consumo y servicios solo puede estimularse la demanda si aumentan los ingresos directamente, o indirectamente a consecuencia del aumento de las inversiones. Pero la realidad es que, en circunstancias de crisis, los in-

centivos a la inversión productiva pueden resultar ineficaces si los empresarios creen que no les interesa ampliar o mejorar sus instalaciones, puesto que ello equivale a una ampliación de su capacidad productiva y la misma crisis les demuestra que la que poseen ya es excesiva. En inversiones improductivas, como que la crisis ha reducido los ingresos y las perspectivas no son claras, la gente tiende a diferir sus compras menos necesarias, que afectan mucho a este grupo, aunque esta abstención contribuya a agudizar la crisis. Puede decirse, en resumen, que la capacidad de demanda del sector privado en cualquier clase de bienes y servicios se ha empequeñecido como consecuencia de la disminución de ingresos derivada de la disminución de la producción. Y, en definitiva, *resulta bastante ilusorio pretender que espontáneamente aumente la demanda si previamente no se consigue que aumenten los ingresos, y como que éstos proceden de la producción, es preciso que antes aumente ésta*, pero si algún empresario intenta aumentarla no halla suficiente demanda. Y es dentro de este círculo vicioso que prolifera la crisis y el decaimiento económico.

Este problema, en apariencia insoluble para el sector privado, sería fácil de resolver. Como problema colectivo requeriría una acción colectiva: si a pesar de la crisis, en un momento dado, todos los empresarios incrementasen su producción al máximo posible, y todos los perceptores de ingresos gastasen éstos íntegramente en compras de bienes y servicios, se daría rápidamente fin a cualquier crisis. Pero si no hay medio de movilizar y coordinar casi todas las voluntades hacia este fin, es difícil que por la acción individual y desincronizada de elementos del sector privado pueda conseguirse un incremento de la demanda en grado suficiente para salir del círculo vicioso de la crisis.

*Para romper este círculo vicioso se requiere un impulso adicional de demanda suficientemente vigoroso. Y si, por los motivos expuestos, este impulso no puede promoverse desde el sector privado, puede y debe provocarse desde el sector público.*

El incremento de la demanda de este sector depende exclusivamente de la voluntad del Gobierno y demás organismos públicos. Si este incremento de demanda, en circunstancias de crisis, se financia «inicialmente» con crédito nuevo, como se indicó en el artículo 6.º, no reemplazará demanda privada, sino que constituirá una adición a la demanda total, que obligará al sistema económico a responder con un incremento de producción que, a su vez tendrá efectos multiplicativos tanto más intensos cuanto más acentuada sea la depresión existente y en la medida que no los neutralice la reaparición del ahorro excesivo.

Pueden desarrollarse extraordinarias inversiones en obras públicas, a pesar de la postración económica, porque éstas no dependen, como las inversiones privadas, de la presunción de que después exista demanda suficiente para absorber los incrementos de producción que de ellas deriven. Las inversiones públicas, más que de consideraciones de demanda ulterior, de rentabilidad o lucratividad, dependen de consideraciones de utilidad pública. Y ya es utilidad pública contrarrestar una crisis, sin perjuicio de las ulteriores utilidades que las obras rindan al mejorar los servicios colectivos. Y si el incremento de las inversiones públicas se financia en un principio con crédito nuevo, no solo no menguarán las disponibilidades para la inversión privada sino que, al desdoblarse como toda inversión ahorro en su misma cuantía, provocarán la existencia de mayores disponibilidades para invertir, bien para financiar la prosecución de las mismas inversiones públicas, o para financiar cualquier otra clase de inversiones que puedan emprenderse como consecuencia indirecta del mejoramiento de la situación económica. Porque si los incentivos a la inversión privada puede carecer de eficacia en los momentos de máxima depresión económica, pueden, en cambio, resultar eficaces al iniciarse la recuperación y, consiguientemente, al hacerse más optimistas las perspectivas de los empresa-

rios, con lo que éstos es probable que colaboren durante esta segunda fase, simultáneamente con el Estado, a secundar y a acelerar la recuperación.

El problema de las extraordinarias inversiones públicas como decíamos en el artículo 6.º, estriba en que, aunque en muchos casos puedan ser muy útiles y necesarias, de tener que desarrollarse indefinidamente como sistema, pueden llegar a tener que ser puramente suntuarias, mientras que una cifra similar de inversiones aplicada a inversiones productivas podría contribuir en muchísimo mayor grado a mejorar el nivel de vida general. Y en un país insuficientemente desarrollado como el nuestro, una política ilimitada de inversiones públicas, aún justificándose como medio de contrarrestar una crisis, podría equivaler a un despilfarro de riqueza nacional, al poderse ésta utilizar en empleos colectivamente más útiles: aunque este despilfarro será inferior al inútil que siempre tácitamente significan las crisis. Por ello, en nuestro país, en que se está muy lejos de haber alcanzado una saturación absoluta de inversiones productivas, aunque pueda existir una saturación relativa en relación a la demanda existente, lo aconsejable es atacar una crisis económica mediante un plan coordinado de desarrollo económico, en el que las obras públicas entren en los aspectos y grados convenientes y para posibilitar el impulso de recuperación inicial, ofreciéndose en el momento oportuno a la iniciativa privada los incentivos de inversión necesarios para que colaboren en conseguir los objetivos de desarrollo económico racionalmente calculados.

En resumen: como medio preventivo de las crisis existe el método fiscal de redistribución de ingresos; y como acción curativa de ellas, las inversiones públicas coordinadas en un plan de desarrollo económico.

*Augusto Mercadé.*

### **Biblioteca**

**Donativo Pedro Balagué Martorell, (Continuación).**—Cebrià Montoliu «Walt Whitman»; Joaquín Riera, «Faules velles»; A Rovira i Virgili «Els valors ideals de la guerra»; Ignasi Iglesias «La colla d'En Pere Malà»; Ignasi Iglesias «La Reselosa»; Carles Soldevila «El senyoret Lluís»; Angel Guimerà «Ayguia que corre»; Jaume Capdevila «El mon per un forat»; Carles Riba «Histories extraordinaries»; Alfons Maseras «Interpretacions i motius»; Francesc Puig «Curiositats barcelonines»; Carles Soldevila «Plasenteries»; Manuel Pere de la Reguera «Santillana del mar»; Pío Baroja «Las inquietudes de Shanti Andia»; J. Ribot i Fonseré «Don Juan I de Castilla o las dos coronas»; Manuel Angelón «El perdón de Santa Eulalia»; Antonio Sardá Moltó «Bodas de Plata del Arquitecto Municipal»; Antonio Correig Masó «L'arma i l'estel»; Alphonse Karr «Sous les Tilleuls»; Eugenio Noel «Lo que ví en la guerra»; Diputación de Barcelona «Vol. de la 1.ª semena Municipal»; «Tratados contenidos en este 4.º volumen» J. Porcar y Tió «Educación de buen sentido»; J. M.ª Salaverría «Viaje a Mallorca»; Ricardo Marín «La tristeza del Quijote»; Prudenci Bertrana «La lloca de la viuda»

A. Moreto y Cabaña «El desdén con el desdén»; Gutiérrez Navas «¡¡Arriball!»; Gowans

art books. n.º 26 The Masterpieces of Goya; W. Shakespeare «Treball d'amor endebades», «Macbeth», «El rei Joan», «La feréstega domada», «La tempesta», «L'somni d'una nit d'estiu», «Enric IV» Vol. I, y «Tot va bé si acaba bé»; Composicions premiades en els Jocs Florals de Barcelona en 1868. «Any X de la restauració» Larra; «La diligencia»; Joan Puig i Ferrater «Una mica d'amor»; Pompeius Gener «Pensant, sentint i rient» Vols. I y II; Azorín «La voluntad»; María Teresa Vernet «Amor silenciosa»; Virgili «Eneida»; Vital Aza «Pamplinas»; Cayetano Riera «Aritmética científico-práctica» Vol. I; Andre Maurois «Cinco aspectos del amor»; F. de Rojas «La Celestina»; R. Pérez de Ayala «La pata de la raposa»; Martí Roger «Génesi de la Monarquía Catalana»; Silvio Pellico «Els deures dels homes».

Antologia de poetes catalans d'avui «30 cançons populars catalanas»; Geroni Zanné «Noveles i poemes»; F. Grás i Elias «Siluetes de escriptors catalans»; Marqués de Camps «Toia virolada»; Federic Mistral «Mireia»; Edmond Rostand «La princesa Llunnya»; Pere Coromines «A recés dels Tamarius»; Santiago Rusiñol «Aucells de fang»; Goethe «Amarguras del joven Werther»; F. López Silva «De rompe y rasga»; J. Puig Ferrater «Diàlechs dramàtics»; Gómez Carrillo «La sonrisa de la esfinge»; J. M.ª Arnavat «Gamma»;